

LA FUGACIDAD DEL INSTANTE

MIGUEL FALQUEZ-CERTAIN



LA FUGACIDAD DEL INSTANTE



escarabajo

© 2020 Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87a No. 12 – 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia.
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

© 2020 Miguel Falquez-Certain

Diseño de portada: Ernesto Herrera
Edición: Eduardo Bechara Navratilova
www.eduardobecharanavratilova.com
Asistente editorial: Manuela Córdoba
Diagramación y diseño interior: Juliana Saray Ramírez
Foto del autor en la portada (1962): Manuel Guillermo Falquez Grau
Foto del autor en la solapa (2020): Joaquín Méndez Gaztambide

ISBN: 978-958-52674-5-9

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia Editorial Escarabajo S.A.S.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o la editorial.

The mind of man can imagine nothing which has not really existed.

—Edgar Allan Poe

Tempus fugit, sicut nubes, quasi naves, velut umbra.

—Virgilio y Job

La fugacidad del instante es una obra de ficción. Aunque parezca una autobiografía, no lo es. Salvo cuando se mencionan figuras públicas, todos los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con acontecimientos reales, es pura coincidencia.

A la memoria de mis padres

A Joaquín Méndez Gaztambide

[1]

Con las primeras luces que caían sobre la ciudad, el perfil de la sierra en la lejanía y los vientos alisios que bajaban por el río desde el Atlántico refrescando la casa de arcos y muros de piedra y enredándose entre pinos y trinitarias, la mujer de treinta y siete años se arqueó en el lecho, jadeó y gritó en los estertores de un parto largo y doloroso.

Ocho meses antes, el 9 de abril de 1948, la ciudad de un cuarto de millón de habitantes había sentido el coletazo del magnicidio ocurrido en la capital. Tal vez ese mismo día mis padres hacían el amor en la casa que mi papá había comprado tres años antes, ubicada al costado del inmenso Colegio de Nuestra Señora de Lourdes que ocupaba toda la manzana, mientras en la conflagración de la Iglesia de San Nicolás de Tolentino, iniciada por los liberales exaltados como represalia por el asesinato de su máximo líder, desaparecía para siempre la partida de bautismo de mi mamá consumida entre sus llamas.

A las ocho de la mañana, el doctor Carlos Alberto Castelao, asistido por la enfermera Babette Fournier, logró que mi mamá pujara en un último esfuerzo y yo nací sin llorar con el cordón umbilical enredado en la garganta. Mi tía Lydia, que presencié el parto, me asegura que me fui poniendo morado y que el doctor, que era mi tío político, le había ordenado a la enfermera, que era la amiga especial de mi tía, que buscara una vasija y la llenara de agua con cubos de hielo. Mientras tanto, el doctor me desenredó el cordón que me asfixiaba, me agarró por los calcañales y me zambulló en el agua helada. Sólo tres gemidos casi imperceptibles le indicaron que finalmente estaba yo en el mundo de los vivos.

Mi papá, que era su cuñado, abrazó al doctor y le dijo que me bautizaría con su nombre en agradecimiento, pues hasta ese momento tenía decidido

que me conocerían como George. Y a mi tía Lydia la nombró madrina, aunque ella, de allí en adelante, se autodenominó mi “madre putativa”.

Mi tía Lydia y Babette me limpiaron con la misma agua helada que me había golpeado los pulmones, me envolvieron en un pañal diminuto y me mostraron jubilosas a mi madre.

Betty, mi hermana mayor por quince años, no quiso verme pues esperaba con ansiedad que fuera mujer ya que mi hermana Briseida había muerto de una infección intestinal cuando aún no estaba difundida la penicilina y ahora había quedado sola con sus dos hermanos menores.

Mi hermano Andy, que durante nueve años había sido el benjamín de la familia, vio en mí al enemigo que venía a usurpar su reino.

Solamente mi hermano Rudy, que me llevaba doce años, le pidió permiso a mi mamá para cargarme. “Mano Manuel, tiene dos vacas, una en la loma y otra en Cataca” me cantó mientras me mecía en sus brazos. Al parecer esto no me convenció pues entonces sí comencé a llorar con un gemido largo y sostenido que a todos les puso los nervios de punta. Rudy me entregó a mi tía Lydia quien se fue conmigo hasta el patio donde mi papá tenía un cine de barrio. Con la noticia del nacimiento, mi hermano Rudy había dejado funcionando la proyectora con un rollo de la película *El filo de la navaja*. Asegura mi tía Lydia que cuando la imagen de Tyrone Power ocupó toda la pantalla yo me callé en el acto.

El 21 de mayo de 1949 me bautizó el padre Rivas y en la fiesta que ofrecieron mis padres repartieron entre los invitados un pergamino que portaba una foto mía en pañales y que venía estampado con lacre y cinta roja y en el cual se leía:

*Carlos Alberto Rivadeneira Laurent
En Barranquilla, Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, a los veintiún días del mes de mayo de mil novecientos cuarenta y nueve, bauticé solemnemente y puse óleo a un niño nacido en esta ciudad el día 9 de diciembre de 1948 a las 8 a.m., hijo de Mario Alfonso Rivadeneira Pujol y Dolores Laurent López, a quien puse el nombre de Carlos Alberto*

Abuelos paternos: don Ramón Rivadeneira y doña Rosalina Pujol de Rivadeneira

Abuelos maternos: don Augusto Laurent y doña Violeta López de Laurent

Fueron padrinos: don Jesús Téllez, Lydia Rivadeneira Pujol y Miriam Dalia de Brooks, a quienes advertí el parentesco espiritual y sus obligaciones.

Doy Fe,

Carlos Rivas

Estoy casi seguro que mis recuerdos más antiguos se remontan a mi fiesta en el Country Club cuando cumplí cinco años. Por una inmensa fortuna, mi papá era fotógrafo profesional y rodaba documentales con su cámara Bell & Howell de 16 mm. Por ese albur, es muy probable que lo que yo diga recordar de mis primeros cinco años posiblemente sea el resultado de una mezcla de anécdotas familiares, de las múltiples veces que he repasado con interés los álbumes de mi infancia y de mis diálogos imaginarios con mi imagen proyectada en los cortometrajes que mi papá filmó de esos primeros cinco años.

Hoy tengo diecisiete años y como estoy a punto de graduarme de secundaria del Colegio de San José de los padres jesuitas quiero contar mi historia que, aunque parezca novelesca, está basada en la realidad. Mi tía Lydia dice que mi vida no sólo es una novela sino varias y creo que le asiste toda la razón, porque si bien es ésta una novela de mis años de aprendizaje es también la novela de mi ciudad y de mi país y de sus historias, así como la novela del mar y del río que formaron y dieron sentido a nuestra realidad, la novela de la familia, la novela del descubrimiento del sexo con base en mis recuerdos más tempranos hasta el presente, con toda su tortuosa inseguridad, sinceridad y regocijo, aunque también es la novela del mundo de la magia y de cómo llegué a presentarme en los Estados Unidos como el mago más joven del mundo, la novela del crecimiento intelectual, del mundo de los jesuitas, de los Boy Scouts, de la religión, de la literatura, de la filosofía, del arte, de la destrucción, de la muerte, de la ilusión, del amor, del desamor, de la amistad, de la decepción, del carnaval, de la hipocresía, del

desengaño, del ateísmo y de la revolución y también es la novela de Nueva York, la ciudad de mi temprana adolescencia, y la novela, finalmente, de la poesía, del teatro, de la danza y de la música. Y como en este momento me dispongo a desfilar por el pasillo del Teatro Metro del brazo de mi madre para recibir en su escenario el diploma de bachiller salto, por un instante, al final de esta novela caníbal y proteica donde aparecerá el siguiente recuento que ahora ofrezco como obertura de mis temas al ritmo de la Marcha Triunfal de Radamés de la *Aida* de Giuseppe Verdi:

El colegio se pone de pie en pleno, a nuestro paso la gente susurra, Campoy con sus dos metros de alto, sus ojos azules y sus cabellos rubios ensortijados del brazo izquierdo de mi mamá y yo colgado del derecho, la sempiterna marcha de Verdi usada todos los años hasta la saciedad aglomera a los mirones que sonríen, murmuran y critican, los fotógrafos corren por los pasillos adoptando las poses más absurdas, los flashes nos ciegan momentáneamente, el rector y el prefecto suben al escenario y se sitúan frente al micrófono, los pajes con sus guantes blancos forman filas con los azafaticos de plata en las manos, el aire frío tan frío gélido que se desplaza en nubes casi imperceptibles y toma posesión de la mañana, el camino tortuoso que comenzó exactamente hace ocho años cuando llegaban a su fin los días inocentes y pacíficos de las hermanas de la Presentación y de las Siervas de San José y nos entregaban a las manos ásperas del hermano Beto Gorostiaga, las batallas por los conocimientos entre romanos y cartagineses, la magia y la palabra como armas para defenderme de los gamberros que me hostigaron en el camino, los múltiples apodos con los que intentaron doblegarme, mis contadas amistades forjadas en el secreto de las cofradías, la tía Lydia y su amor incondicional, Oscar Wilde y Fabrizio Lupo, el escarnio de los intrusos huyendo de la isla en libertad, el despertar sexual, la lucha y la aceptación, mis viajes a Nueva York, el mundo de la magia y los Beatles, “Jairo contra mi ingle”, el gozo y el placer floreciendo cada día, la muerte persiguiendo a los abuelos, las noches estrelladas y el descubrimiento de los meandros del río en la nave colosal,

mi padre y mi madre, su amor y su desamor, la fortaleza inquebrantable de mi madre y el mundo sorprendente de mi padre, su amor por mí y las historias de ambos, enrevesadas y sublimes, los secretos confesados, escuchados o compartidos, las farsas, los engaños, los fingimientos, la agri-dulce hipocresía de una ciudad infestada por la angustia, las noches de placeres solitarios, las canicas, los patios de recreo, los trompos de guayacán, la monstruosidad de una sexualidad impuesta, la arropilla y el pan de yuca y las frunas y las alegrías, los versos españoles con la manzanilla, el placer de leer y escribir con el profesor Aristides Amézquita, la preceptiva literaria, las noches de tormentas, la disciplina descubierta, el poema diario, la literatura, la historia y la filosofía, el trueno y el rayo y las palmas de los Domingos de Ramos para controlar la tempestad, el extrañamiento, el cine desde mi nacimiento, la figura gigantesca de Tyron en la pantalla, los idiomas, el baile y la cumbiamba, Miguel Strogoff ganándole la batalla a la varicela, el muelle larguísimo desafiando al crepúsculo, el escultismo, la sucesión de playas como ecos, el enfrentamiento, el teatro, sus múltiples máscaras fortaleciendo tu coraza, mostrándote el camino, la ciudad amurallada, las fotografías repetidas hasta el infinito en los múltiples espejos, cóncavos y convexos, reproduciéndonos en los bordes continuos de la cinta de Möbius, la alienación, la ciudad vencida, las cajas dentro de las cajas, el fuego de la hoguera y del campamento, el muñeco de trapo sacrificado con los muebles viejos en un verano inacabable, el descreimiento, el fanatismo, la afirmación en el desasosiego, las caleidoscópicas posibilidades de un mundo mejor, la música arrullándote, este niño quiere que lo duerma yo, que lo duerma su padre que lo consintió, las muñecas rusas, la muerte carcomiendo el cuerpo decrepito de tu padre, las guerras, las masacres y la vida mordiéndote los calcañales, sacándote a flote para que de una vez por todas respire el aire frío y desapacible de este nuevo día.

Y como las vidas hay que contarlas desde el principio, sin más preámbulo narro mi primer recuerdo.

Mi tía Lydia era muy amiga de la familia De la Cruz, en especial de Dafne, que también era soltera como ella, y cuando yo tenía cuatro años decidió pedirle autorización a mi papá para llevarme a una fiesta infantil pues celebraban el cumpleaños de una sobrina de Dafne.

Aunque mis abuelos tenían chofer, una de las tantas excentricidades de mi tía Lydia, anotadas con esmero por mi abuelo en su diario, era manejar, cosa que no era muy bien vista, y bastante ya había tenido él con su hija mayor Carolina que había causado un escándalo cuando se prestó para manejar el automóvil en el que viajaron al frente de una caravana el presidente Olaya Herrera con Charles Lindbergh a su paso por Barranquilla. Pero mi tía Lydia se había distinguido por ser una excelente chofer, pues no sólo esquivaba con agilidad cualquier animal o ser humano que se cruzara en su camino sino que también podía retroceder varias cuadras a toda velocidad sin detenerse. De modo que mi papá confiaba plenamente en las habilidades de su hermana y accedió a que me llevara a celebrar los cinco años de Victoria Sofía De la Cruz en casa de sus padres en la calle Caldas.

Así fue que mi tía Lydia me pasó a recoger manejando su Mercury Monterey verdiblanco y nos dirigimos primero al Almacén Medellín, donde compramos dos regalos para Victoria Sofía, y por último a la casa de los De la Cruz.

La casa del doctor Arturo De la Cruz, odontólogo de mermada clientela, era un viejo caserón del centro venido a menos, con las paredes manchadas y descascaradas, pero con un maravilloso patio de árboles frondosos de anón, toronja, naranja y mamón. La casa estaba situada a un nivel más alto de la acera, así que para entrar se debían subir cuatro escalones de cemento; al lado izquierdo, estaba situada la casa y, al derecho, el patio, separado éste de la calle por balaustres amarillos desteñidos por el sol.

Mi tía Lydia demostraba mucho afecto por esta familia de dicharacheros y bebedores que improvisaban un baile de tango con ella o que le rogaban que se acompañara con el tiple y les cantara “Desgracia”, canción que se había puesto de moda el mes pasado cuando Daniel Santos la había cantado en su presentación en Barranquilla. Mi tía enseguida los complació y

se le unió el hermano rubio de los De la Cruz, a quien llamaban el “Mono”, para acompañarla haciendo la segunda voz. Estábamos emparentados políticamente pues mi tío Santiago Rivadeneira se había casado con Abigail, la hermana del doctor, del Mono y de Dafne De la Cruz.

A medida que iba oscureciendo, los padres de los otros niños pasaban a recogerlos y los adultos se habían reunido en la gran sala que miraba sobre la calle Caldas. El resto de la casa estaba en penumbras y fue entonces cuando decidí pedirles a Victoria Sofía y a su hermana Nora Luz que me mostraran las habitaciones y recodos que aún no conocía.

Luego de recorrer minuciosamente el comedor, la cocina y su cuarto, me llevaron a que conociera la habitación de sus padres. Era un cuarto grande de techo alto con dos camas gemelas, sendas mesitas de noche con lámparas y un escaparate de tres puertas tan alto y tan grande que en la semioscuridad parecía un gigante. Lo habían colocado en un rincón, de manera que las puertas laterales casi tocaban ambas paredes y dejaban un espacio triangular en la parte de atrás al que sin embargo se podía ingresar por los espacios libres que quedaban de lado y lado. Por allí me escurrí y les pedí a Victoria Sofía y Nora Luz que hicieran lo mismo. Enseguida se me unieron, en medio de risitas y carantoñas.

—¿Quieren ver lo que yo tengo? —dije.

Los ojos se les abrieron y luego se rieron.

—Y tú quieres ver los que nosotras tenemos, ¿no es cierto? —dijo Victoria Sofía, subiéndose el pollerín blanco y mostrándome las pantaletas.

—Pues claro. Tengo curiosidad.

Se bajaron las faldas, los pollerines y las pantaletas y yo me solté el cinturón, me bajé el pantalón corto y el calzoncillo.

Nos quedamos mirando unos a otros por unos segundos en completo silencio.

Victoria Sofía extendió la mano y me tocó.

—El pipí —dijo.

Alargué ambas manos y las toqué.

—Los bizcochos —dije.

Y nos reímos satisfechos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nora Luz.

—Ahora nada.

Me subí el calzoncillo y el pantalón y ellas las pantaletas, los pollerines y las faldas y salimos corriendo de detrás del escaparate buscando la luz de la sala y los rumores de la música antillana.

—¿Dónde estaban metidos, niños? —dijo mi tía Lydia.

—Jugando al escondite —dije.

—Bueno, pues ya se ha hecho tarde y no quiero que Mario Alfonso me regañe. Así que despídete de todos y vámonos que ahorita ya es hora de comer.

Me despedí de besos de Victoria Sofía y Nora Luz, prometiéndoles que vendría un domingo a pasarme el día con ellas.

—Hasta la próxima —dijo mi tía Lydia, dándole un beso en la mejilla a su amiga Dafne.

Afuera ya era de noche y hacía calor. Mi tía Lydia bajó los vidrios de las ventanillas y arrancó a toda velocidad. Entonces asomé la cabeza y la brisa jugó con mis rizos a medida que subíamos contentos por la avenida Olaya Herrera rumbo a casa.

En mi infancia, cuando mis padres anunciaban que iban a brindar una fiesta a sus amistades, el rumor y los olores que provenían de la cocina me llenaban de una secreta emoción. Las sirvientas se dedicaban a las labores de limpieza y orden con esmero y meticulosidad y la cocinera comenzaba a preparar sus guisos y a cortar la corteza del pan blanco de molde para preparar los pisolabis. Mi mamá regaba y organizaba las macetas en el patio interno, asegurándose que las luces verdes de neón funcionaran en sus escondrijos, que la pileta estuviera llena de agua limpia y que la gruta de la Virgen de Lourdes empotrada en la pared del fondo estuviera bien iluminada y sobre todo pulcra. Al caer la tarde, todo estaba en su lugar, las muca-mas se habían puesto sus uniformes, cofias y delantales, los manteles, vasos, copas, vajillas y cubertería aparecían bien dispuestos sobre la mesa del

comedor principal, las baldosas y las alfombras estaban limpias y relucientes y ya habían encendido las luces indirectas. En el aire se respiraba un tenue olor a violetas.

Esta noche mi papá sacó las llaves y se dirigió a la puerta de la calle. Sin que se percatara, lo seguí hasta el garaje y me subí al Frazer antes de que pudiera impedírmelo y arrancamos a nuestra próxima aventura. Primero nos dirigimos al barrio El Porvenir donde compró botellas de whiskey, vodka y ginebra en casa de una contrabandista. Luego paramos en la panadería y charcutería “La Garantía” en el barrio El Recreo donde compró jamón serrano, chorizos, caviar, galletas saladas, jamón ahumado, pan francés, quesos Camembert y Roquefort y encurtidos. En el camino de regreso, nos detuvimos en una casa del barrio Boston donde vendían los bloques gigantes de hielo que subieron dos hombres al baúl del Frazer y que luego picarían con punzones las domésticas.

Como es de suponer, los invitados variaban de acuerdo a los motivos por los que mis padres brindaban las fiestas, aunque siempre se las ingeniarían para que hubiera una mezcla de personas que a mí me parecían exóticas, fantásticas e imposible de imaginar congregadas en otro entorno que no fuera el de nuestra casa.

Cuando regresamos de nuestra travesía ya casi era hora de que llegaran los primeros invitados y yo me fui a cambiar, porque aunque ésta fuera una fiesta de adultos, mis padres me permitirían quedarme un rato con mis hermanos mayores hasta las once, que era la hora en que indefectiblemente mi mamá me ordenaría que me fuera con mi aya Angelita a ponerme la pijama y acostarme a dormir.

Aunque todavía usaba pantalones cortos, esta noche me estrené unos con tirantes, una camisa blanca de lino y un corbatín rojo que me había traído de regalo don Fernando Vilella de uno de sus viajes a las Antillas. Luego me acerqué a la cocina para ver qué platos habían preparado para esta noche. Me encantaba el olor y el sabor de las alcaparras que, curiosamente, sólo utilizaban en mi casa los días de fiesta.

El primero en llegar fue Diego Catalano, joven amigo de mi papá que había estudiado periodismo en Buenos Aires en la época de Perón y que ahora se dedicaba a escribir para los periódicos y revistas de la ciudad, a actuar y a escribir y montar comedias costumbristas (bajo la tutela de Laura Margarita Aguilera, la dramaturga y comediógrafa de la ciudad, hoy residienciada y desempeñándose de diplomática en España) en las que algunas veces actuaba mi papá. Llegó vestido todo de blanco y comenzó a saludar a mis padres y hermanos con chistes, carcajadas y apuntes.

Luego llegaron Rodrigo Abello y Mariana Borrero Pujol y mi tía Inés María y mi tío político Aldo. Mariana Borrero e Inés María eran inseparables y decían que eran medio brujas pues se la pasaban en sesiones de espiritismo con doña Chave, la médium más famosa de Barranquilla, cuando no estaban en casa de la Diva Zahibi (una mexicana que había llegado en un circo que se quedó varado en la ciudad y decidió abrir un consultorio de quiromancia y astrología en el Barrio Chino) y visitando cuanta cartomántica y adivina hubiera disponible con el fin de averiguar el pasado, el presente y el futuro de sus familiares, amigas y enemigas. Mi papá era amigo de Rodrigo desde su juventud y se habían visto mucho durante la época en que mi papá había vivido en Nueva York a finales de los años veinte y comienzos de los treinta. Fue allí donde conoció a la cubana Mariana que trabajaba de bailarina en un centro nocturno y terminó casándose con ella y trayéndola a vivir a Barranquilla. Mi tía Inés María se había casado en primeras nupcias con el hijo de un general de la Guerra de los Mil Días, tuvo con él un hijo y enviudó joven. Mi tío Aldo era su segundo esposo y a mí no me caía nada bien porque siempre se la pasaba contando chistes verdes y agarrando a las sirvientas y a los niños por las nalgas y riéndose a carcajadas. Lo único bueno es que nos invitaba de vez en cuando a sus fincas en la ribera opuesta del río y entonces debíamos madrugar para tomar la lancha con el motor fuera de borda y, como cosa rara, hacía frío y caía una lluvia fina en la travesía por el río hasta llegar a esos pueblos ribereños donde nos recibían con entusiasmo y nos daban todo lo que les pedíamos. Lo único que me gustaba de mi tío Aldo eran los caballos pues me permitía cabalgar con mi mamá y arrancar los anones de los árboles que luego devorábamos con sumo deleite.

Mi tía Lydia llegó con su amiga del alma, la venezolana Babette Fournier, enfermera graduada de la Universidad de Columbia de Nueva York. Se habían conocido en Caracas y ya hacía varios años que vivía con mi tía Lydia en el caserón de mis abuelos en El Prado. Mi tía Lydia también era mi madrina y yo la adoraba.

Al rato llegó mi tía Carolina con su esposo, el doctor Carlos Alberto Castela. Mi papá era el mayor de todos sus hermanos y luego le seguía mi tía Carolina. Cuando iniciaron el servicio de correo aéreo, había sido la primera mujer en subirse a un avión y en arrojar desde el aire un saco lleno de cartas en un vuelo entre Barranquilla y Puerto Colombia. Ya casada, había vivido en Santa Marta unos años con el doctor y sus dos hijas. Sin prestarle atención a su estado civil, la habían elegido Reina del Carnaval de Santa Marta en 1925. Había luchado por el derecho de la mujer a votar a comienzos del siglo XX y luego trabajó como dirigente de la campaña para postular al liberal Enrique Olaya Herrera a la presidencia de la república en 1930 con el objeto de acabar con la hegemonía conservadora. Por su lado, mi tío Carlos Alberto había nacido en Ocaña, había estudiado medicina en Nueva York en la Universidad de Columbia y se había casado con una cubana terrateniente que había muerto al dar a luz a su primogénito. Mi tía Carolina era su segunda esposa. Yo me llamaba Carlos Alberto en su honor.

Al entrar, don Fernando Vilella Cruz me cargó y me abrazó. Era un hombre elegante, supremamente alto, robusto y cariñoso. Cuando me bajó al piso, le pidió un paquete a su esposa Carmen Rincón y me lo entregó sonriente. Lo abrí con fruición indecible y resultó ser una hermosa corneta dorada. Enseguida posé con ella tocándola y mi papá me tomó una foto.

Contaba mi papá que don Fernando había comenzado su carrera de periodista en *El Clarín* de Cartagena en el que escribía una columna sacándoles los trapos sucios a los “aristócratas” de la ciudad. Tanto lo odiaban que habían tratado de asesinarlo cuando caminaba por la calle. En particular, se metió con la esposa del director del periódico rival. Un día se había presentado esta señora a reclamarle.

—Perdón, doña Susana, mi sentido pésame. No sabía que usted fuera viuda.

—No lo soy. Está equivocado.

—Entonces dígale a su marido que venga a reclamarme.

Ésa había sido la puntilla. Tuvo que salir huyendo de Cartagena, se fue a Bucaramanga y escribió un libro, *La ciudad vencida*, donde, según mi mamá, “le daba rejo a todo el mundo”. Años después, llegó a Barranquilla donde fundó su periódico *La Tribuna*, con el objeto de difundir sus ideas conservadoras y en el que siempre había algún crimen o asesinato que anuncia y que le ayudaba a vender muchos más ejemplares que sus rivales liberales. Mi papá lo conoció por mi tía Carolina en una de sus actividades políticas y a pesar de que mi papá es cartagenero y de conocer el libro, pues don Fernando se lo había regalado con dedicatoria a mi abuelo, aquel fue el comienzo de una gran amistad.

Por su lado, Carmen Rincón no hablaba mucho, tal vez porque era tímida o porque se sentía opacada ante esa fuerza descomunal que es su marido. Don Fernando estaba separado de su esposa cuando había llegado a Barranquilla y conoció a Carmen en Baranoa, de donde era oriunda y donde trabajaba de maestra de escuela, y se enamoraron. Carmen se había encargado de la parte económica del periódico y lo había convertido en un emporio.

Con ellos llegó su correligionaria Ana Barceló de Padilla, concejal del municipio y ferviente defensora del General Rojas Pinilla. Había impulsado, en compañía de don Fernando y de otros dirigentes cívicos, la extensión de la carrera 38 hasta el barrio Las Delicias y la habían bautizado “Avenida trece de junio” en homenaje al día en que el general había dado el golpe de estado. Pero Ana Barceló también era escritora y directora de la recientemente creada Extensión Cultural. Había escrito un libro de cuentos y una novela con el curioso título de *La suerte está echada* que la había vuelto famosa en el mundillo intelectual costeño. Su esposo Jacobo era un hombre de pocas palabras, pero como decía mi tía Lydia, “del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libre yo”.

Detrás de ellos venía Osvaldo, el hijo de don Fernando y celoso novio de Betty, la mayor de todos mis hermanos. Habían sido novios desde que Betty tenía doce años, aunque al principio habían tenido que verse a escondido.

didas en las casas de sus amigas, que siempre estaban dispuestas a alcahuetear sus relaciones. Como Osvaldo tenía muy mal carácter y debido a que don Fernando era enemigo político de mi tío Pedro Miguel Mazariegos, habían mantenido una relación difícil con muchas separaciones por lo que mi mamá siempre se opuso, pero mi papá adoraba a don Fernando y, al final, habían llegado a aceptar el noviazgo aunque esto no le hiciera ninguna gracia a mi tía Felisa.

Cuando mi mamá vio llegar a don Fernando, inmediatamente agarró el teléfono y llamó a su hermana Felisa para avisarle que no vinieran esa noche para evitar un enfrentamiento. Debido al golpe de estado, mi tío Pedro Miguel ahora se desempeñaba de gerente del Banco Inglés, ya que era economista graduado en Londres, “esperando a ver cómo se capeaba el temporal”, como decía mi mamá.

Mi papá abrió el bar y se comenzaron a servir las bebidas. Las muchachas del servicio trajeron varias picadas en azafates y se las ofrecieron a los invitados. Después mi papá agarró la guitarra y la uña de carey y comenzó a cantar “Cuando vuelva a tu lado”.

Como habían dejado abierta la puerta de la calle, los papás de Meme, mi mejor amiga y vecina, entraron sin que nos diéramos cuenta y ahora estaban parados en el umbral del patiecito esperando a que mi papá terminara su canción. Con ellos venía don Samuel De la Torre, editor del semanario *El Progreso*, que cubría noticias culturales y sociales. Saludaron a los otros invitados y se sentaron al lado del bar.

Y como era su costumbre, los últimos en llegar fueron el doctor Norberto Pérez Marín y su esposa Virginia Barón que, según mi tía Lydia, estaban más locos que los mismos orates que presuntamente curaba en su manicomio de Soledad. Esto no le importaba a nadie, después de todo eran simpatísimos y tenían unas ocurrencias que dejaban a todo el mundo zurumbático y tirando piedras. El doctor había estudiado psiquiatría en Viena.

En cuanto a Virginia, mi mamá decía que era un “plato” pues había ido de vacaciones a Miami con tres amigas y contaba que el poco inglés que sabía le había servido cuando iban de compras pues almacén donde veían

un aviso de *Sale*, y lo pronunciaba en español, entraban porque de seguro allí encontraban las mejores gangas. Alicia Merlo de Valli, que según mi tía Lydia tenía la lengua tan larga que cuando se muriera iban a necesitar dos cajones, uno para ella y otro para su lengua, decía entre susurros que el “pasado de Virginia había sido borrascoso”, pero que en Barranquilla no hay mala reputación que resista un sancocho de gallina y por eso hoy todo el mundo la aceptaba como si nada.

Mi tío Carlos Alberto comenzó a contar una anécdota de Susanita Longares, una paisana de Ocaña a la que se la tenía velada porque si bien era cierto, como decía mi mamá, que Susanita era un poco despistada, tampoco era tanto como la mostraba mi tío en sus chistes. Susanita estaba casada con Plinio Cardoso, un locutor de la ciudad, y hoy contaba mi tío que cuando Plinio había llegado del trabajo Susanita le había dicho que si hubiera llegado cinco minutos antes se hubiera escuchado a sí mismo en la radio. Con esto cosechó algunas risas a costa de Susanita, pero no contento con esto contó que ella y Plinio habían ido a una fiesta elegantísima que brindaban en un barco francés que había atracado recientemente en el puerto. Susanita escuchaba que todos los invitados llamaban al mesero y le decían *garçon*. Intrigada por un rato, la curiosidad pudo más y decía mi tío que Susanita había llamado finalmente al camarero aparte y en voz baja le había preguntado que si era pariente de los Garzón de Ocaña.

—Ya está bien, mi amor —dijo mi tía Carolina—. No todo el mundo encuentra graciosos tus chistes.

—Mejor cantemos, Caro —dijo mi papá, rasgando la guitarra.

Cuando aún no eran muy comunes las Victrolas en Barranquilla, mi papá y sus hermanas se aprendían las canciones que escuchaban por la CMQ de La Habana y desde ese entonces se habían acostumbrado a hacer las delicias de sus amistades en las fiestas, pues además de ser buenos bailarines y cantantes, todos tocaban el tiple, el piano, la guitarra, la dulzaina o las maracas.

—Vamos a cantarles el arreglo que le hicimos a la canción “Ésos no son de aquí” del puertorriqueño Rafael Hernández —dijo mi papá.

—Muy buena idea —dijo mi tía Carolina—. Vengan Betty, Rudy y Andy, acompáñennos—y mis hermanos se levantaron de inmediato y rodearon a mi papá. Betty agarró el tiple, Rudy un par de maracas y Andy una guacharaca.

*Para los cartageneros
Cartagena es la mejor.
También dicen los samarios
que Santa Marta es la flor.
Cada cual con su derecho,
por eso no habrá rencilla,
lo mejor que Dios ha hecho
es mi linda Barranquilla.*

*El que dice yes, my dear,
ése no es de aquí.
El que dice Ave María,
ése no es de aquí.
El que dice qué hubo, ala,
ése no es de aquí.
Pero el que dice qué hubo, cacha
ése sí, ése sí.*

*El que come arroz con coco
ése no es de aquí.
El que come tamalito,
ése no es de aquí.
El que come arequipe,
ése no es de aquí.
Pero el que come arroz con liza,
ése sí, ése sí.*

La interpretación fue todo un éxito y no paraban de reírse con las ocurrencias de mi papá y de mi tía Carolina.

Entonces don Fernando se sentó al piano y comenzó a tocar un danzón. Enseguida se levantó Rodrigo y sacó a bailar a Mariana, que aunque era chaparra y ya estaba bastante jamona, meneaba los hombros y las nalgas en

los momentos claves y mi tía Inés María la incitaba con sus aplausos y chillidos para que continuara haciendo el show.

Cuando terminó el danzón, el doctor Pérez Marín se levantó a servirse un trago en el bar.

—¿Qué opinan del niño secuestrado? —dijo de improviso.

—Ay, Beto, para qué nos vas a meter en ese berenjenal —dijo Virginia, su mujer. Vestía un traje negro escotado con una gargantilla de diamantes y el pelo estirado hacía atrás formándole un moño.

—Han pedido doscientos mil pesos de recompensa —dijo don Samuel De la Torre—. Esto no tiene precedentes en la historia de la ciudad.

—Es el hijo del cónsul del Líbano —dijo Alicia Merlo de Valli—. Viven en este mismo barrio.

—Conozco muy bien a su papá, don Nicolás Saade —dijo Diego Catalano—. El informe que tengo es que lo secuestraron cuando jugaba en la acera de su casa. Un hombre le dio una carta a la niñera para que se la entregara a don Nicolás y cuando se dio media vuelta vio que el secuestrador ya se había subido con el niño a un automóvil verde y se había dado a la fuga.

—Qué horror —dijo Babette.

—No hay de qué preocuparse —dijo Ana Barceló—. Mi General Rojas Pinilla ordenó que varios detectives viajen a Barranquilla en un avión de la Fuerza Aérea para hacerse cargo del asunto —agregó con evidente satisfacción.

—La policía, el ejército y los servicios secretos tienen rodeada a la ciudad—dijo don Fernando.

—El mayor Fandiño se encargará de cumplir al pie de la letra con las instrucciones de los secuestradores —dijo Osvaldo, el hijo de don Fernando, que ya trabajaba en el vespertino de su papá y se las daba de periodista.

—Esperemos que todo salga bien —dijo mi mamá.

—Creo que debemos cambiar de conversación —dijo mi tía Lydia, acariciándome los rizos—. Carlitos está afectado.

—Recuerden que el niño tiene la misma edad que él —dijo Babette.

—Todos debemos guardar calma y estar atentos —dijo mi papá, sacándome una moneda de plata de la oreja.

Mi papá era aficionado a la prestidigitación. Siempre cargaba con un maletín donde tenía bolas, cigarrillos, pañoletas, naipes, cubiletes y esponjas que utilizaba para divertir a sus amigos en las fiestas o reuniones a las que asistiera.

Después hizo rodar la moneda entre los dedos de la mano derecha y la hizo desaparecer mostrando ambas manos vacías. Se sacó un pañuelo de seda del bolsillo de la chaqueta, se lo puso en la cuenca de la mano izquierda, cerró el puño formando un agujero, lo presionó con el índice derecho, tomó un cigarrillo encendido del cenicero y lo colocó en el agujero. Luego se sopló las manos y abrió el pañuelo sosteniéndolo entre los dedos índice y pulgar de cada mano para demostrar que el cigarrillo encendido había desaparecido y entregó el pañuelo vacío a los asistentes para que comprobaran que era cierto.

Yo fui el primero en aplaudir, porque me encantaba cuando mi papá se ponía a hacer trucos y me dejaba pensando durante días tratando de averiguar cuál era el secreto.

—Los magos no cuentan. Son secretos profesionales, Carlitos.

—Pero yo quiero aprender, papá.

—No, ya me cansé con tus hermanos. Cuando se hacen los trucos todos se sorprenden y quieren saber en qué consiste el encanto. Pero el encanto se pierde cuando se revela el secreto. Eso le pasó a Rudy y a Andy en su momento. Una vez que se los enseñé perdieron interés. Y eso a mí no me volverá a pasar contigo.

—No seas tan duro con el niño, Carlos Alberto —dijo mi mamá.

—Pero es la verdad. Después de que me ilusiono, me defraudan.

Las lágrimas se me habían acumulado en los ojos y estaban a punto de desbordarse.

—Pero yo sí voy a aprender, papá. Te lo prometo.

—Veremos.

—No te defraudaré, te lo aseguro —le dije abrazándolo y besándolo en la mejilla.

—Ya, ya, Carlitos. Mañana será otro día.

En eso apareció Angelita y mi mamá le hizo señas de que me llevara.

—Ya es hora de acostarse —dijo.

Miriam de Juliá, la mamá de mi vecina Meme, me agarró por la cabeza, me desordenó los rizos y me dio un beso en la mejilla.

—Qué “locancio” que es este Carlitos —dijo.

Angelita me agarró de la mano y se disponía a llevarme a mi cuarto cuando mi tío Aldo le agarró las nalgas y soltó una carcajada.

—Don Aldo, respete —dijo Angelita.

Aldo encendió un tabaco, lo aspiró y botó el humo por la boca.

—Las buenas criadas son difíciles de encontrar —dijo con sorna.

Mi tía Inés María lo pellizcó.

—Ayayayay —gritó mi tío Aldo y se fue al bar.

—Bueno, bueno, creo que ya es hora de irnos —dijo Jacobo Padilla y todos lo miramos sorprendidos pues no estábamos acostumbrados a oírlo hablar.

—Jacobo tiene razón —dijo Ana Barceló de Padilla—. Ya van a ser las doce y el general Polanía ha dictado un toque de queda.

—Así es —dijo mi tía Lydia— ¿Quién evita un vidrio?

Entonces le solté la mano a Angelita y empecé a despedirme de besos con todo el mundo.

—Este niño sí que es besucón —dijo mi tía Inés María pellizcándome.

—Ya está bien, Carlitos —dijo mi mamá.

—Calabaza, calabaza, cada uno pa’ su casa —dije yo y me fui corriendo con Angelita.

Al día siguiente, después del almuerzo, le pedí a mi papá que me enseñara uno de sus trucos porque de verdad estaba dispuesto a aprenderlo para no decepcionarlo.

Sacó de su maletín una bola roja. La agarró entre el pulgar y el índice de la mano derecha, me la mostró de ambos lados y en un santiamén apareció otra bola idéntica entre el índice y el dedo del corazón. Hizo el mismo movimiento y enseguida apareció la tercera bola entre el dedo del corazón y el anular. Volvió a repetirlo de modo que apareció la cuarta bola entre el anular y el meñique. Después fue desapareciendo una por una hasta mostrar ambas manos vacías.

Le había visto hacer este truco en público y me había fascinado porque no me podía imaginar cómo lo hacía. Hoy, por fin, me reveló el secreto y me colocó la primera bola entre el pulgar y el índice. Sin embargo, la bola resultó ser muy grande para mis dedos.

—Ya ves, Carlitos. No se va a poder.

—Que sí puedo, papá. Ya verás. Tengo que practicar.

—Está bien. Tengo que tomar una siestecita y ahí te las dejo.

Mi papá quitó la sobrecama, arregló la vaqueta y se acostó a dormir.

Y yo me dediqué durante casi una hora a repetir el truco una y otra vez, sintiéndome cada vez más frustrado pues las bolas se me caían de las manos, salían rodando por el suelo y tenía que buscarlas debajo de la cama o de los muebles para empezar una vez más con la misma rutina hasta que por fin mi papá se despertó de su siesta. Se colocó las gafas y bebió agua de un vaso que tenía en la mesa de noche.

—A ver, Carlitos. Muéstrame lo que aprendiste.

Y yo empecé mi rutina apareciendo la primera bola en la mano derecha y colocándola entre los dedos y una tras otra fueron apareciendo las otras bolas y mi papá se fue entusiasmando, tanto tanto que se le querían salir los ojos porque no podía creer que en tan poco tiempo hubiera podido aprender el truco, hacerlo mío y dominarlo por completo.

—Bravo, Carlitos —me dijo, abrazándome y besándome—. Esto es increíble.

Mi mamá se asomó a la puerta de la habitación alarmada por el alboroto.

—¿Qué pasa, Mario? ¿Cuál es el escándalo?

—Que Carlitos se ha aprendido el truco de las bolitas a las mil maravillas.

—Mi mamá no mostró mucho entusiasmo.

—Esperemos que le dure el interés más de una semana —dijo.

—Quiero aprenderlo todo, papá.

—Vamos con calma que la carrera trae cansancio.

—Sí, lo que tú digas, papá —le dije, le di un beso y salí corriendo a lucirme con el truco ante quien quisiera servirme de público ese domingo esplendoroso.

Los meses siguientes, mi papá comenzó a construir cajas, mesas y aparatos de magia siguiendo las instrucciones de los libros que tenía en su biblioteca. Yo no podía leerlos porque estaban escritos en inglés y decía que se los había regalado un amigo del colegio, Simón Salazar De Sola, con quien compartía, entre otras cosas, la pasión por la prestidigitación.

Simón había viajado por toda Europa a comienzos de los años veinte, hablaba cinco idiomas, era bailarín, coreógrafo, pintor, arquitecto y tocaba la mandolina con exquisita soltura. Mi papá no lo había vuelto a ver desde los años del colegio hasta que volvieron a reunirse en Nueva York a finales de los años veinte. Simón ya había participado como coreógrafo en varias producciones de Broadway y le consiguió a mi papá varios trabajos de figurante como bailarín y cantante. Tenía un hijo adulto de su primer matrimonio con una judía askenazí que hablaba veinte idiomas y trabajaba en una organización mundial en África y una hija de mi edad de su segundo matrimonio con una barranquillera. Se había jubilado a los cincuenta años y había construido una casa rodeada de muros en el Alto Prado, detrás de los campos de golf del Country Club, en la que vivía como un ermitaño, dedicándose tan sólo a la invención y construcción de trucos ingeniosos que publicaban revistas especializadas de prestidigitación en cinco idiomas en Europa, Hispanoamérica, Estados Unidos, Brasil y Canadá. Nunca ofrecía espectáculos y mi papá era su único público: a él le mostraba por primera vez

sus inventos, esperando con ansias las reacciones y opiniones de mi papá para mejorarlos o darlos por concluidos.

Cuando ya había construido suficientes cajas y trucos, mi papá me llevó una tarde a conocer a su amigo Simón.

Los muros que rodeaban la casa eran tan altos que, desde la calle, no se podía ver nada de lo que había dentro de ellos. Entramos por una puerta diminuta que se abrió sobre un patio de árboles frutales, arbustos y plantas tropicales. La casa misma parecía estar suspendida en el aire sobre unos pilotes verdes que desaparecían con la oscuridad de la vegetación y era blanca y muy diferente de cualquier casa que se hubiera visto antes en Barranquilla. Se subía al primer piso por unos escalones blancos que parecían no estar sostenidos por nada. Al entrar a la casa había otros escalones de madera barnizados que bajaban a otro nivel que era la sala y allí había pinturas e instrumentos musicales colgando de las paredes. Los otros cuartos estaban repartidos en espacios a diferentes niveles, con puertas de vidrio y claraboyas en los cielos rasos inclinados que formaban figuras geométricas. Era una casa única, como salida de un sueño o de una pesadilla.

Por una razón inexplicable, Simón siempre llamaba a mi papá por su segundo nombre: Alfonso. Al entrar a la casa, lo encontramos tocando el banjo en la sala. Se levantó de inmediato, abrazó a mi papá y me dio la mano como si fuera un adulto.

—Finalmente me traes a tu hijo, Alfonso —dijo con un deje extraño como si fuera extranjero pero sin serlo— ¿Cómo te va, Carlitos?

Simón era sumamente flaco, alto y feo. Tenía la cara larga y los dientes un poco salidos como los del conejo Cotilino. Además era sordo y de vez en cuando se ponía la mano formando un cuenco para oír mejor, aunque llevaba un audífono en la oreja derecha conectado por un cable a un aparato que cargaba en uno de los bolsillos de la camisa. A veces se reía cuando uno menos lo esperaba y casi siempre por motivos desconocidos, como si llevara una conversación privada en su cabeza o como si alguien le estuviera soplando ideas por el audífono.

—Bien, gracias —le respondí, atemorizado.

—Siéntense, acomódense donde quieran. Están en su casa.

Llamó a la criada y nos hizo traer café, galletas y gaseosas.

—Quiero mostrarles algo, a ver qué les parece.

Se fue de la sala por un instante y regresó luciendo un frac y cargando una mesa sencilla, alta y delgada, donde no había nada visible. Hizo dos movimientos lentísimos con las manos y apareció un ramillete de flores. Lo lanzó al aire y se convirtió en una pañoleta. Atrapó la pañoleta y la transformó en una tórtola blanca. Colocó la paloma sobre una percha y apareció un bastón. Desapareció el bastón y se convirtió en un sombrero de copa que se colocó en la cabeza y nos hizo una venia.

—Bravo, bravísimo, Simón.

Yo había quedado con la boca abierta.

Simón comenzó a reírse con una risa nerviosa que sonaba más bien como un ronquido y se agarraba los pantalones con los codos como si se les fueran a caer en cualquier momento.

—¿Les gustó, de verdad? —dijo con timidez.

—¿Cómo que si nos gustó, Simón? Eres un genio ¿No es cierto, Carlitos?

—Yo quiero ser como usted cuando sea grande —fue lo único que atiné a decirle.

—Qué chusco, qué chusco —dijo, riéndose nuevamente con ese ronquido extraño como de caballo—. Claro que te enseñaré, Carlitos. Serás mi aprendiz, como el aprendiz de brujo de Disney, ¿o no, Alfonso?

—Claro que sí, Simón. Una maravilla —dijo mi papá, abrazándolo.

—¿Te acuerdas cuando íbamos a los bares en Nueva York y nos ubicábamos en los extremos opuestos de la barra?

—Cómo no voy a acordarme. Aparecías una bola y todas las caras volteaban a mirarte. La desaparecías y la aparecía yo al otro extremo y todos giraban para verme, como si fuera una partida de tenis.

—¡Qué chusco! Tantos tragos nos compraron y a tantas fiestas nos invitaron gracias a la magia.

Una mujer y una niña bajaron de uno de los niveles superiores.

—Carlitos, te presento a mi hija Oxana.

—Mucho gusto, Oxana —dije yo.

—El gusto es mío —dijo Oxana haciendo una graciosa reverencia.

—Y ésta es mi esposa Olivia.

—Mucho gusto, señora.

—Encantada, Carlitos ¿Qué hay, Mario Alfonso? —le dijo a mi papá dándole un beso en la mejilla.

—Y ahora que se conocen todos, sepan que de ahora en adelante Carlitos será mi pupilo.